

RAFAEL SANCHIS YAGO

Fortuna del artista es sobrevivir en sus obras, más que lo normal en otros oficios de parecido talante creador, y resulta todavía más evidente esta supervivencia en los plásticos, cuya obra, visible, resiste al tiempo y aun con menor deterioro que otros productos estéticos no menos nobles, cuales los del sonido o los del verbo —*logos*, que no sólo palabra—, cuya interpretación abre un portillo, no siempre benéfico, en la prístina emanación vivencial del autor.

Hace algunos meses fallecía en Castellón Rafael Sanchis Yago, o, si se prefiere, como debe preferirse, «cambiaba esta vida por la imperecedera», en palabras consoladoras del ritual.

Es, pues, la ocasión de evocar a don Rafael, como siempre le llamábamos, aun en la plena colaboración de compañeros, en dos o tres aspectos fundamentales de su larga y provechosa vida.

Sanchis Yago nace en Castellón el día 8 de septiembre de 1891, hijo de un escultor, su primer maestro, siéndolo luego, más decisivamente, de Vicente Castell, el pintor que centró todo el impresionismo de la Plana, recibiendo también lecciones del andaluz Martínez Checa y de su paisano Emilio Aliaga, el de amplio chambergo, que todavía expuso en la Valencia de los años 40; pasando luego a la escuela barcelonesa de San Jorge, o de la *Llotja*, así llamada por el histórico local que la albergaba, y en 1916, a la de San Fernando, instalada, hasta hace poco, al principio de la calle de Alcalá, en el antiguo palacio de los Goyeneche, junto a la Aduana de Carlos III, hoy Ministerio de Hacienda. Su llegada a Madrid —nos lo ha revelado Antonio Blanco Lon en el prólogo de la biografía de Sanchis Yago por Bayarri, y en conversaciones particulares, hacia 1934, con la doble autoridad de su rectitud y ser el perjudicado— supuso un auténtico desmoche de las primeras calificaciones o recompensas en la clase «del antiguo», al conseguir, en poquísimos tiempos, las más altas. Casi por entonces, Sanchis Yago retrataba, exponiendo ya las obras en el mismo Madrid, a María Fernando Ladrón de Guevara, a Pastora Imperio y, poco después, a Raquel Méller, *La Goya*, Pepita Díaz y muchas figuras más, populares o no, actividad sólo interrumpida con motivo de cierta operación sufrida en 1923, en Viena, realizada por el cirujano Adolf Lorentz, conocido por él en Nueva York, adonde ya había viajado.

Pronto posan para él don Manuel Aznar, el escultor Ramón Mateu, que, a su vez, le hizo una cabeza magistral; los entonces reyes de España, don Alfonso y doña Victoria Eugenia —por encargo del *Diario de*

la Marina, de La Habana—, más una serie de astros de la pantalla, en California, desde Greta Garbo al Chiquilín famoso del cine mudo de los años veinte, en virtud de un importante contrato con la Metro.

Mas su clímax quizá se produce retratando a la entonces primera dama de los Estados Unidos, en la Casa Blanca, esposa de Calvin Coolidge, el presidente que sucedió al breve Harding, viva aún la memoria del histórico Wilson, el de los «catorce puntos», y precedió al Hoover de la gran depresión. Retrato dedicado «to Mrs. Coolidge» en 1926, «pintado» con sólo el lápiz brujo o los difuminos, ¡sabe Dios con qué técnica!, sin concesiones efectistas, «sin rayas», como él decía, ni blancos de clarión, en una sutil captación psicológica aquí nada halagadora, pero sí con la esencial armonía de los rostros femeninos de Rafael Sanchis Yago.

Sólo un romántico paréntesis podía interrumpir de nuevo, relativamente, la labor, pues, regresando a Castellón, en el otoño de 1928, contrae allí matrimonio con la que fue esposa modelo en todo, que no sólo en belleza, Manolita Santa-Cruz. Su viaje de bodas es, ¿cómo no?, a América, y en el *Majestic*, retratándola a bordo, en pieza que presidió hasta última hora el hogar del artista. Y Nueva York de nuevo, como Detroit otra vez, donde ya había retratado, uno a uno, a los miembros de la familia Ford, magnates de la industria del automóvil, pasando a Saint-Louis, Cincinnati y, una vez más, al Nueva York de sus grandes amigos y sus mejores éxitos.

Sigue dibujando, ahora a los Studebaker, los Huntington, los Ciechanowsky, los Bhul, los Witcomb, los Pueyrredón, Lucrecia Bori, Greta Garbo, Joan Crawford, Alice Terry, Ramón Novaro, Norma Shearer, John Gilbert, los Satrústegui, Myron Taylor, Marion Davies, Lon Chaney y hasta los trescientos retratos que en 1935 cataloga su biografía de José María Bayarri.

Luego hizo muchos más y «cruzó el charco» numerosas veces, ¿doce, catorce?, quizás más, con sus regresos. Y allí vivió —contándolo luego— el encanto de la Lima todavía con cierto aroma virreinal, o las esclusas de Gatún, en el canal de Panamá, o La Habana de «la danza de los millones» —que le oíamos comentar a dúo con Federico García Sanchiz— cuando no la Nueva York de los grandes mecenas de la Hispanic Society o de la casa Iglehart, poseedora de cuadros cuzqueños y de muchos que no lo eran, donde se hospedaba con acogida que sus anfitriones tenían por honrosa y de la que gustaba referir anécdotas curiosas y elocuentes.

Vivió Sanchis Yago la *belle époque* con activa y creadora consciencia; posaron para él personajes, bellezas, divos del cinema o de la ópera, grandes talentos, y luego, volcado a la enseñanza y saboreando la paz de su Castellón nativo, que ya le alineaba con Puig Roda, Castell, Porcar, Adsuara y Ortells, sus grandes artistas, culminaba una vida con altibajos y esfuerzos ingentes, en aspectos perfectible —como todas las cosas humanas—, pero en modo alguno vulgar, frustrada o infecunda.

Intrínsecamente, el dibujo, el retrato sobre todo, de Sanchis Yago es una traslación al diseño de los conceptos esenciales pictóricos, ópticos, dentro de una factura apretada y pulquérrima, con frecuentes, sobre todo al principio, encuadres y pormenores *art nouveau*, lo que sería, en cierto modo, un paralelo dibujístico de la estética de Martínez Sierra, compañero y panegirista de Sanchis Yago a bordo del *Infanta Isabel* en 1920, donde realizó una exposición de los retratos hechos en la travesía, ampliamente comentada por el autor de *Canción de cuna y Mamá*, su amigo y riguroso contemporáneo.

Sin dejar el dibujo y los retratos, los alternará ahora, en los años treinta, con la pintura al óleo de los jardines de Aranjuez, Valldemosa, los alcázares de Sevilla, Granada y Córdoba, el laberinto barcelonés de Horta, el jardín de Monforte en Valencia y los de Benicasim, que merecieron todos un bello especial suplemento de *Blanco y Negro*. No faltó en biografía tan densa la anécdota de ser bombardeado el barco en que viajaba a Inglaterra, con su obra a bordo, salvándose con ésta por fortuna.

Después de la guerra española hizo un cartel —otro Segrelles— del centenario de Luis Vives, sobre la cabeza del gran humanista valenciano, según la estatua de Vallmitjana, en la Universidad barcelonesa; simultaneando con la enseñanza y la dirección de San Carlos los retratos del Caudillo, del señor Serrano Suárez y su esposa, de Felipe Sassone, de la señora de Castiella, esposa del entonces nuestro embajador en Lima; de don Joaquín Bau y su esposa, de los condes de Barcelona y de la señorita Mendicuti, entre muchísimos más que es imposible reseñar.

Si acaso, una faceta más, poco difundida: elegido académico de San Carlos, llevó a su discurso de ingreso un tema de poco brillante lucidez y auténtico interés artístico y técnico: el de los diversos procedimientos de la pintura, acompañando la disertación de una concluyente prueba práctica: varias versiones, al fresco, al temple, al encausto con cauterio y a la acuarela, más la copia-base al óleo, de la cabeza de Felipe IV, por Velázquez, del pequeño gran museo que posee la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Confesemos nuestra debilidad por estas versiones sobre ladrillo o sobre papel, con tierras, fuego o agua, de la lánguida y aristocrática testa del rey galante amigo de Velázquez, sereno ante el ocaso del imperio.

Otro Sanchis Yago, más próximo y espontáneo, lo vemos en el café Castilla, de Madrid, mano a mano



William Ford, dibujo por R. Sanchis Yago

con Felipe Sassone, Ramón Manchón, Fernando de de Larra, el biznieto de Fíguro; o en el Oro del Rhin barcelonés, con Pérez Dolz, que había estrenado piezas musicales y decorados en el Liceo; con el escultor Vicente Navarro, con el pintor García Gutiérrez, etc.

Y aun otro distinto «don Rafael» era el que se afanaba a nuestro lado —más bien nosotros al suyo— por poner a flote la nave en carena de una Escuela de San Carlos desarbolada por la acción, conjuntamente nefasta, de la desidia y el odio. En Valencia, en Madrid, haciendo antesalas y gestionando medios, visitando a Capuz, enfermo; a Segrelles, a Benlliure o a José Francés; en Barcelona, buscando ayuda —sin evitar el acudir a algún «Tristán» en el Liceo— o visitar, entre la nieve, el monasterio de Pedralbes o el Museo de Montjuich; con Manuel Grau, el gran restaurador, mientras montaba los frescos románicos; y haciendo planes de estudio y calculando horarios y posibilidades de instalación durante los largos recorridos del *express* de entonces, que tardaba catorce o quince horas en llegar a Madrid.

Pintor, pues, y técnico de la pintura, como dibujante «nada menos», según le calificó Luis de Galinsoga, fue el ilustre castellonense, hijo de esa fraterna capital de la Plana que ha tenido la elegancia espiritual de dedicar una fuente pública a sus pintores, maestros todos, más o menos, de Rafael Sanchis Yago.

F. M.^a GARIN ORTIZ DE TARANCO